



DEBERES DE UN MAESTRO.

El maestro ejerce un sacerdocio y no un oficio; sus funciones son todas intelectuales, todas morales; sus relaciones son siempre sociales, porque la vida empieza para el niño en los bancos de la escuela, y lo que le enseña la voz del maestro es la base de su porvenir. Después de este preámbulo, se concibe fácilmente que no debe haber vida privada para el maestro, puesto que toda su existencia está consagrada al cumplimiento de unos deberes á que no puede faltar sin comprometer el éxito de sus tareas y la dignidad de su carácter.

El maestro debe considerarse como un padre de familia ó como un rey en el tiempo en que éstos eran solamente pastores de hombres: debe guiar á los niños y ejercer en ellos la más activa vigilancia en medio de sus estudios, de sus distracciones, durante su comida y aún en su sueño.

Guardian de la inocencia, es responsable de la salud moral y física de los seres que le están confiados y á quienes debe presentar puros á la sociedad. Para conseguir este fin es preciso arreglar el tiempo, establecer una severa disciplina, castigar sólo por precisión y entónces con una equidad inflexible, sin transigir con personales consideraciones; nada produce peor efecto en el ánimo de los niños que el castigo de una falta que no han cometido, ó la absolución del delito de que se han hecho culpables. En las ocupaciones diarias de clase es condicion muy importante el orden y exacta distribución del tiempo y del trabajo. Sin orden no hay progresos ni educación posibles. Este principio, que es riguroso en todos los métodos de enseñanza, halla una aplicación más directa en el sistema mutuo. El orden debe reinar en los

menores detalles, y aquí sobre todo debe aplicarse aquella máxima: «Un sitio para cada cosa, y cada cosa en su sitio.»

Un buen maestro no debe sólo mantener el orden, sino exigir que las muestras, papel, plumas y libros, ocupen un sitio invariable; es preciso que los discípulos entren y salgan simultáneamente, sin ruido ni confusión; que el silencio más profundo reine durante los ejercicios; que el local esté perfectamente limpio y las ropas de los niños bien cuidadas.

Acaso se dirá que estas son menudencias, pero no hay cosa, por mínima que sea, á que el maestro no deba dar la mayor importancia, pues que la actividad es una de sus condiciones más necesarias; no desperdiciar nada útil es una seguridad para un maestro de conciencia, y además una garantía para las cosas mayores. Debe velar también para que no haya desórdenes en el comportamiento de los discípulos, y que en ningún caso abandonen muchos á un mismo tiempo la clase, bajo cualquier pretexto que sea.

En una escuela en que la enseñanza está mal dirigida, mal combinada, en que los discípulos no están constantemente ocupados, la disciplina padece, la instrucción es lenta y la educación moral sin fuerza. Es muy conveniente que los maestros varíen las ocupaciones de tal modo, que los niños naturalmente inclinados á fatigarse de unas mismas cosas no sientan jamás la monotonía del trabajo; no obligarles á perma-

necer delante de sus libros inmóviles como estatuas, pero tampoco permitirles posturas que inclinen á la indolencia. Es preciso contribuir al desarrollo de la naturaleza, tan enérgica en los niños, sin contrariarla en nada. Una cosa es comprimir y otra dirigir.

El carácter del discípulo se pervierte atormentándole á todo propósito, pues por libertarse de tan penosa contrariedad, pierde su ingenuidad y su franqueza, busca medios de dulcificar su situación, y llega á manifestarse maligno, embustero, hipócrita y aún malvado.

El maestro y todo lo que de él proviene le parece sospechoso, injusto é insoportable; la escuela no es para él más que una prisión; todo lo que le prohíben, tiene para él un atractivo indecible, y todo lo que tiene que hacer constituye un suplicio hasta el día en que, libre al fin, va á pasear por el mundo su incapacidad y sus malas inclinaciones.

Por el contrario, si el maestro hábil sabe disimular ciertas puerilidades, su voz es escuchada cuando reconviene de veras; la dulzura ordinaria hace sentir mejor la severidad merecida; los estímulos concedidos por el bien dan á una simple improvisación un carácter de consistencia que impresiona más á los niños, y la recompensa que hallan en el cumplimiento de sus deberes da sus frutos, aún en el seno de los mismos juegos. Es de notar que el discípulo atento, dócil y trabajador, es buen compañero y buen hijo y será buen

padre y buen ciudadano. En general la dulzura y bondad con los niños les da seguridad, no están retenidos por el temor, hacen un uso más regular de sus facultades y resultan ventajas inmensas para su instrucción. En ningún caso debe el maestro encolezarse con los discípulos: así como un rostro serio les impone demasiado, uno alegre no les impone lo suficiente: el exterior supone poca sin duda alguna; pero es para el maestro lo que la acción para el orador, que aumenta y da valor á la palabra.

La infancia es naturalmente impresionable y simpática; pero es variable y difícil de fijar. Es preciso servirse discretamente de sus cualidades naturales para combatir los defectos también de naturaleza. Así es prudente no esperar nunca á que el alumno se fastidie en sus horas de juego, aunque sea acortándolas ó distribuyendo las clases y separándolas por períodos de recreo. Las lecciones cortas y buenas valen más que las largas y prolijas, pues aquéllas quedan como gérmen en el espíritu, para desarrollarse más tarde. Así al reprender á un discípulo porque no ha penetrado el sentido de una lección ó la sabe mal, hay que cuidar de no castigarle por culpa que es nuestra, ya porque hayamos presentado mal el asunto de la lección, ó descuidado el presentarlo de un modo capaz de excitar el interés de la clase.

Interesar á los niños es un medio de desarrollar su inteligencia y hacerles dar cada día un paso más, reanimando su celo y su ardor. Es preciso ejercitar su juicio y su memoria, pero preferentemente el juicio.

Es un deber del maestro inspirar desde luego á los niños el amor al trabajo y al orden, la templanza, la economía, el respeto filial, la sumisión á las leyes; tales son las virtudes sociales que dulcifican las relaciones de los hombres entre sí. Por otra parte, de esta enseñanza moral resulta una ventaja preciosa, que dispensa de imponer castigos corporales humillantes. El maestro no debe perder de vista que el niño será hombre algún día, y es de temer sacarle prematuramente los colores al rostro, así como castigarle con la correa, férula, etc., que deben desaparecer de las escuelas, puesto que las marcas de esclavitud han desaparecido de nuestra legislación. Las recompensas concedidas á los estudiosos y honrados son ya un castigo para los que no las han merecido; pero la lección más útil es la que el maestro da con su mismo ejemplo.

Los maestros son unos funcionarios que ejercen la magistratura más importante, porque suceden al sacerdote y á veces le reemplazan.

J. M. BALLESTEROS.



UN CUENTO.

(Continuacion.)

El áulico hizo unos cuantos visajes, muy significativos sin duda, y acabó por explicarse en esta forma:

— Señor, el fuerte y poderoso rey Heroisindo, insaciable en su ambicion y enamorado de la feracidad de nuestro suelo, prepara un formidable ejército para conquistarlo.

El Rey inclinó la frente con el mayor abatimiento, y nada dijo, porque nada tenía que responder.

Las fuerzas de su contrario eran aguerridas y numerosas; escasas las suyas y nada expertas en el arte de la guerra; los capitanes no conocian otras lides que las inocentes justas en honor de la hermosura, y en cuanto á los soldados habian dejado enmohecer la espada en la vaina, seguros de no necesitarla. Y verdaderamente no se tenía memoria de que nacion alguna hubiera turbado la apacible ventura de pueblo tan afortunado, y por lo que respecta á esas luchas entre hermanos, baldon y ruina de las naciones, jamas asolaron sus fértiles campiñas, ni empañaron sus horrores su puro y hermoso cielo.

Temeraria, por lo tanto, y sobre todo vana, sería la resistencia.

Bastára la presencia, el solo nombre de Heroisindo, para que aquellos pacíficos habitantes depusieran las

armas, entregando sus cuellos á la coyunda del tirano.

Pero Veremundo era más grande que sus dominios, y dijo á poco rato:

— Dios lo quiere: morir por el honor es vivir siempre; incendiaremos nuestros campos y hogares y pereceremos en las llamas, abrazados á nuestra bandera, y cuando ese rey ambicioso llegue en busca de nuevas tierras y nuevos esclavos, hallará un puñado de escombros y otro puñado de calcinados huesos.

El cortesano torció el gesto, dando á entender que no era muy devoto de San Lorenzo y malditas las ganas que tenía de imitarle. Y como la necesidad es tan fecunda y buena consejera, ocurriósele una idea que hubiera hecho honor á la sábia princesa Sofía.

— Señor, dijo, V. M. tiene tres hijas que valen cada una un reino más vasto y poderoso que el vuestro. ¿No podría V. M. ofrecérselas á Heroisindo para que de ellas tomára esposa, que obligado por la atencion y el mérito de las princesas, fácil es que aceptára, y en casándose con una de ellas, claro está que no habia de inquietar á su suegro, sino honrarle y agasajarle.

— Has hablado como un oráculo;

contestó el Rey, encantado del proyecto; parte tú mismo con ese mensaje, lleva á Heroisindo dádivas y preseas y suplícale en mi nombre venga á honrar nuestros estados y conocer á las princesas.

El áulico partió como el viento.

Veremundo quedóse tan tranquilo respecto á la seguridad de su reino, el que descansaba no en un ejército valiente y formidable, sino en las gracias de tres niñas; Veremundo era padre y padre amantísimo. No obstante, una idea le preocupaba. A favor de cuál de ellas inclinaria el ánimo del poderoso monarca, porque es claro que él podía influir mucho en la elección, y la que pescara á Heroisindo iba á ser la reina más grande de la tierra.

— Selinda es tan hermosa!... se decía, pero Sofía es tan sabia y Violeta tan buena!...

Y no quiere esto decir que las otras carecieran de esta cualidad, pero sí que ella sola es bastante para hacer á la mujer digna de un rey tan poderoso y gentil como Heroisindo.

— Basta de dudas, acabó diciendo el buen padre; que se la lleve la que lo merezca. Y mandó llamar á las tres princesas.

— Vén acá, Selinda, dijo á la mayor, ¿cómo me quieres tú?

— Yo, padre, contestó ésta, como al buen pan.

— Está bien; ¿y tú, Sofía?

— Yo, padre mio, como al buen vino.

— Perfectamente; ¿y tú, Violeta?

— Yo, querido padre, como á la buena sal.

El Rey, que, aún cuando tenía confianza en el mensaje, durábale el mal humor, motivado por las pretensiones de Heroisindo, encolerizóse al oír á su hija hacer de su cariño comparación tan amarga, y mandóla con enojo retirarse á sus habitaciones y no comparecer en un mes á su presencia.

II.

Todo era alegría y contento en los dominios de Veremundo, que esperaban honrarse con la presencia del invicto y poderoso Heroisindo.

Llegó por fin el ansiado huésped, trayendo ricos regalos y grandes promesas de amistad y buena armonía.

Prepararon en seguida una partida de caza á la que era muy aficionado, aunque no tanto como á ver y admirar unos terrenos que ya tenía por suyos.

Selinda, ataviada con un hermoso traje azul plata, montaba un soberbio caballo blanco, que erguía la cerviz orgulloso de su preciosa carga.

El regio huésped, como es natural, había visto chicas muy guapas, pero atónito y suspenso quedóse ante la magnífica hermosura de Selinda.

Animadísima en verdad fué la caza, regresando todos muy satisfechos á tiempo de sentarse á la mesa.

Veremundo colocó á Heroisindo á su derecha y Selinda á la de éste, de la que estaba el gallardo príncipe más enamorado que un colegial.

Dióse principio á la comida, pero

á poco todos los convidados dirigieron la vista por la mesa buscando algo que en ella faltaba, no obstante estar servida con esplendidez y primor.

Efectivamente, en aquella mesa no habia pan.

Veremundo mandó comparecer á sus reposteros, los cuales se excusaron diciendo que todos los tahoneros habian enfermado la noche ántes, y no se encontraba en todo el reino un pan para un remedio.

Encolerizóse el Rey, increpando el poco celo de sus servidores, cuando Heroisindo, á quien todo aquello contrariaba por interrumpir la tierna conversacion entablada con la Princesa, mucho más sabrosa, sin duda, que el blanco pan que se echaba de ménos, intercedió diciendo que no se hablára más del asunto, pues estaban los manjares de tal suerte aderezados que bien se podia pasar sin aquel alimento.

Y en efecto, despues de la extrañeza de los primeros momentos, nadie se volvió á acordar de tal cosa.

Al terminar la comida hubo músicas y sarao y ternezas y flores, y los dos príncipes se despidieron lo más enamorados del mundo.

Al dia siguiente levantóse la Princesa muy de mañanita, como que no habia podido pegar los ojos pensando en la felicidad que le esperaba con ser la señora del mundo, que el mundo entero parecia estar pronto á inclinar la frente bajo el cetro del que ya llamaba su esposo. Dirigióse en seguida á la cámara de su padre

para consultarle si desde luégo mandaria hacer el equipo de boda.

—Aguarda, hija, le dijo éste, que voy á ver á mi huésped y sabremos á qué atenernos.

Como se preparaba una segunda partida de caza, Heroisindo se habia levantado rato hacía cuando Veremundo entró á saludarle.

Entablóse una de esas conversaciones en que nada se dice, si bien Veremundo queria decir mucho, no perdiendo ocasion de encarecer las gracias de la Princesa, las excelencias del matrimonio y la dicha del pueblo y del monarca que poseyera tan amable soberana.

Pero aquí saltaba Heroisindo refiriendo una célebre cacería, en la cual por su mano dió muerte á una fiera endemoniada, ó contaba de un soberbio alazan que se quedó cojo de resultas de otra que duró tres dias con sus noches, para lo cual se iluminaron los bosques con fuegos de bengala, y sobre todo, no se descuidaba de ponderar lo muy prendado que estaba de los feraces campos y honrados vasallos de Veremundo, el cual se daba á Barrabas con la indiferencia y la cachaza del Príncipe, hasta que, para salir de dudas y temores, cortó por lo sano diciéndole lisa y llanamente.

—¿Qué tal os parece mi Selinda?

—Vuestra hija es encantadora, repuso el jóven monarca, jamas he visto criatura tan bella.

Veremundo respiró, como aquel que de diez arrobas que tiene encima le quitan cinco.

— En ese caso, repuso, me atreveré á esperar la honra de llamaros hijo.

Heroisindo le miró de cierta manera, como diciendo: «Eso ya es harina de otro costal, amigo.» Pero como quiera que el padre deseára una respuesta más categórica, hablóle en estos términos:

— Ayer, al despedirme de la Princesa, hubiera dado por ella mi reino y todos los de la tierra.

— ¿Y hoy? interrumpió con inquieto y comprimido enojo Veremundo.

— Hoy, despues de consultar el caso con la almohada, pienso que mi reino es muy extenso, mis vasallos algo inquietos y descontentadizos, lo cual me proporciona muchos y graves cuidados; y si á éstos se añade el de tener mujer hermosa, no hay santo que tal resista; además, la mi-

tad de mis súbditos son aduladores de mi poder, la otra mitad lo serian de la hermosura de la reina, y un pueblo de aduladores, por numeroso que sea, es siempre débil y afeminado.

— Loable es vuestra prudencia y rara en un mancebo como vos, exclamó Veremundo, quien al cerrársele un camino no perdía tiempo de colarse por el otro.

Hoy veréis á mi Sofía, que sobre tener la ventaja de no ser hermosa, posee el envidiable dón de la sabiduría.

— Pues vamos á ver ese prodigio, repuso el Príncipe entendiendo la indirecta.

Las dos testas coronadas dirigieronse en la mejor armonía, donde los nobles y servidores los aguardaban para la caza.

(Se continuará.)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.



RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(Continuacion.)

XVII.

Habrá, sin duda, ¡vaya si las habrá! otras niñas que despues de haber hecho tantas travesuras como ha-

hecho Rosita, no tendrían valor de seguir haciéndolas y conocerían y sentirían su falta; pero la señorita Rosa no es como esas niñas, y cuantas más cosas malas hace más parece

que se aficiona á hacerlas. Y en prueba de esta verdad, ahí la teneis contemplando la pecera que en tanta estima tiene su papá, y de fijo que medita alguna travesura tan bonita y

bien pensada como las que lleva hechas.

Me parece que adivino lo que está pensando.

Sí, señor, que lo adivino: Pensen-



do está que si los baños calientes no convienen á las muñecas, que, despues de todo, sólo tienen firme y segura la cabeza, lo que es á los peces, que son seres animados, les deben convenir grandemente. Los peces, piensa Rosita, siempre están en el

agua; luégo el agua no les puede hacer daño; pero lo que debe disgustarles mucho es estar siempre en el agua fria, y no será extraño que de estar tanto tiempo en agua fria lleguen á adquirir un catarro ú otra enfermedad más grave.

XVIII.

— ¡Vaya si hace frio esta mañana! exclama Rosita. Los peces, po-

brecitos, deben estar helados. A mí me da lástima ver á estos animalitos metidos siempre en agua fria, y les voy á echar agua caliente para que entren en calor. Papá se alegrará



mucho de que se me haya ocurrido esto.

Y en efecto, Rosita coge la pecera, la pone sobre la mesa grande, se sube sobre la butaca, y empieza á echar agua caliente poquito á poco, para que no les haga á los peces una im-

presion demasiado violenta el calor.

¡Y poco contentos que se ponen los peces! No hacen más que moverse, yendo de un lado á otro y saltando, señales todas, á juicio de Rosita, de que les sabe muy bien el agua caliente.

Pero ¿qué es esto?... De pronto suben todos los peces á la superficie y se vuelven panza arriba (la frase no es muy culta, pero no encuentro otra más gráfica para expresar la

postura de los peces), y Rosita queda asombrada y llena de confusiones. ¿Qué significa esto?

(Se continuará.)

LA LANGOSTA.

Durante el pasado verano habréis oído hablar repetidamente de los grandes estragos causados en las cosechas por la langosta.

A este propósito acabo de leer en una obra francesa *Les metamorphoses des insectes*, y en la que no hace mucho publicó el ingeniero español señor Gironi algunas curiosísimas noticias, que he de extractar, seguro de que las conoceréis con gusto.

La Biblia señala con los más negros colores una terrible invasion de langosta que Dios envió sobre el Egipto para castigar al rebelde Faraon, por intercesion de Moises. Esta fué la octava plaga, y mediante ella *fué devorada la hierba de la tierra y cuantas frutas hubo en los árboles, y no quedó absolutamente cosa verde en los árboles ni en las hierbas de todo el Egipto.*

Plinio refiere que en algunos países de la Grecia, las leyes obligaban á sus habitantes á hacer la guerra á la langosta en los tres períodos de su existencia.

En los años 170 y 181 de la era cristiana invadieron la Italia ocasionando grandes destrozos.

En 1040 los campos de Navarra y la Rioja sufrieron aquel azote en tan

terribles proporciones, que para conjurarle se hicieron grandes y solemnes rogativas en Roma y España. El papa Benedicto IX envió á nuestra patria á Gregorio, obispo de Ostia, para levantar el abatido espíritu de los pueblos y recomendarles el ayuno y la penitencia.

En 1542, al ser invadida Hungría por la langosta, se adoptaron tambien remedios espirituales para pedir su desaparicion.

En el año de 1665 el arcediano de Madrid salió para Toledo, y más práctico que otros sacerdotes, recorrió los pueblos invadidos por la langosta, ofreciendo jornales de 6 rs. á la par que indulgencias á los que le ayudasen á recoger la langosta.

La Europa toda padeció muchísimo por la langosta en los años 1747 y siguientes. Una de las nubes llegó en 1748 á Inglaterra.

En el mismo año la langosta detuvo al ejército de Carlos XII en su retirada á Besarabia, despues de la derrota de Pultowa: encontrábanse las tropas en un desfiladero, y hombres y caballos se vieron cegados por una verdadera lluvia, que interceptando el sol, caia de una nube: la aproximacion de los insectos se anun-

ció con un ruido semejante al que precede á las tempestades, y el rumor causado por su vuelo dominaba al de las olas del mar.

En las Indias, en los países de los Mahratas, se vió en cierta ocasion una columna cerrada de langostas que ocupaba una extension de 80 leguas y una altura de muchos piés. Barrow y Levailant cuentan que las langostas devastan frecuentemente las regiones del Africa austral, que sus cadáveres cubren la superficie de las riberas, y que el suelo parece removido.

En 1835 las nubes de langostas ocultaban en China el sol y la luna. Los árboles, las plantas, los frutos en almacén, y hasta los vestidos que se guardaban en las casas, fueron devorados. Los habitantes del país infestado huían á buscar refugio en las montañas.

En 1760 llegaron á Polonia é invadieron las Rusias por tres distintos puntos á la vez, como tres cuerpos de ejército que, puestos de acuerdo, tratan de subyugar á un país. El abate de Ussans, testigo del suceso, asegura que morían unas sobre otras, formando en la tierra un espesor de cuatro piés: la lluvia y el calor descompusieron tan gran aglomeracion de cadáveres y la peste sucedió á la invasion.

La Transilvania fué atacada por la langosta en el año de 1780 en tan grandes proporciones, que fué necesario para combatirla el auxilio del ejército: los regimientos encerraban al insecto en sacos y 500 personas se

dedicaban á matarlos y enterrarlos, sin que su número disminuyera. Un viento frio que se levantó puso término á la plaga.

En 1780 Marruecos fué víctima del hambre más espantosa, á consecuencia de una invasion de langosta. A fines de 1864 las plantaciones de algodón fueron destruidas en el Senegal, observándose una nube de vanguardia de 15 leguas de longitud.

Para cortar semejantes desastres se recoge en muchos puntos la langosta por medio de redes y se buscan sus huevos para quemarlos. Los negros del Soldan ahuyentan con gritos á la langosta, y en Hungría se ha empleado el cañon con el mismo objeto.

Por una cruel necesidad hay pueblos que se alimentan de estos insectos. Moises permite comer cuatro de sus especies á los hebreos. (*Levit.*, XI, v. 21-22); los griegos las vendían en el mercado (Aristophanes); San Juan Bautista se alimentó con ellos en el Desierto (*Math.*, *Ev.* c. III, v. 4); Diodoro de Sicilia refiere que los Etiópes los servían en sus mesas. En nuestros dias los indígenas de Argel los comen, así como algunas kábilas, para lo cual les cortan previamente la cabeza, las alas y las patas, salan el cuerpo y se lo comen despues de algun tiempo. En Arabia las mujeres y los niños ensartan los insectos como rosarios y los venden despues que se secan. Hay pueblos en que los cuecen ó los frien, y á los hotentotes, especialmente, les gusta mucho este alimento.

LOS PERROS.

Mucho, muchísimo se ha escrito acerca de estos fieles compañeros del hombre, y más de una vez hemos consignado en nuestro periódico datos característicos de los individuos de aquella raza; pero el tema es inagotable, y ahora mismo, leyendo antiguas historias, hemos recogido algunos rasgos, que nuestros jóvenes lectores conocerán con gusto.

El perro está dotado de tal instinto de fidelidad que ni el tiempo ni la ausencia pueden destruir. La antigüedad nos ofrece un ejemplo muy notable. Cuando Ulises volvió á su patria, despues de veinte años de ausencia, nadie le reconoció. La noticia falsa, pero muy esparcida, de su muerte, y más que todo la mudanza que habian ocasionado en él las pesadumbres y el tiempo, explican suficientemente la poca impresion que produjeron sus facciones, aún en sus más fieles servidores. Su perro sólo, consumido por la edad y las enfermedades, conoció á su antiguo amo. Se fué arrastrando hasta él, manifestando su alegría, y murió de la que tuvo volviéndole á ver.

Entre las buenas cualidades del perro, es muy recomendable la del amor que profesa á sus hijos. Un joven, queriendo hacer la prueba, cogió los siete perrillos de su perra y los llevó á una legua de distancia. El pobre animal fué á buscarlos;

mas como no podia traer más que uno cada vez, tuvo que hacer siete veces el viaje y andar catorce leguas, fatigándose tanto que murió al dia siguiente.

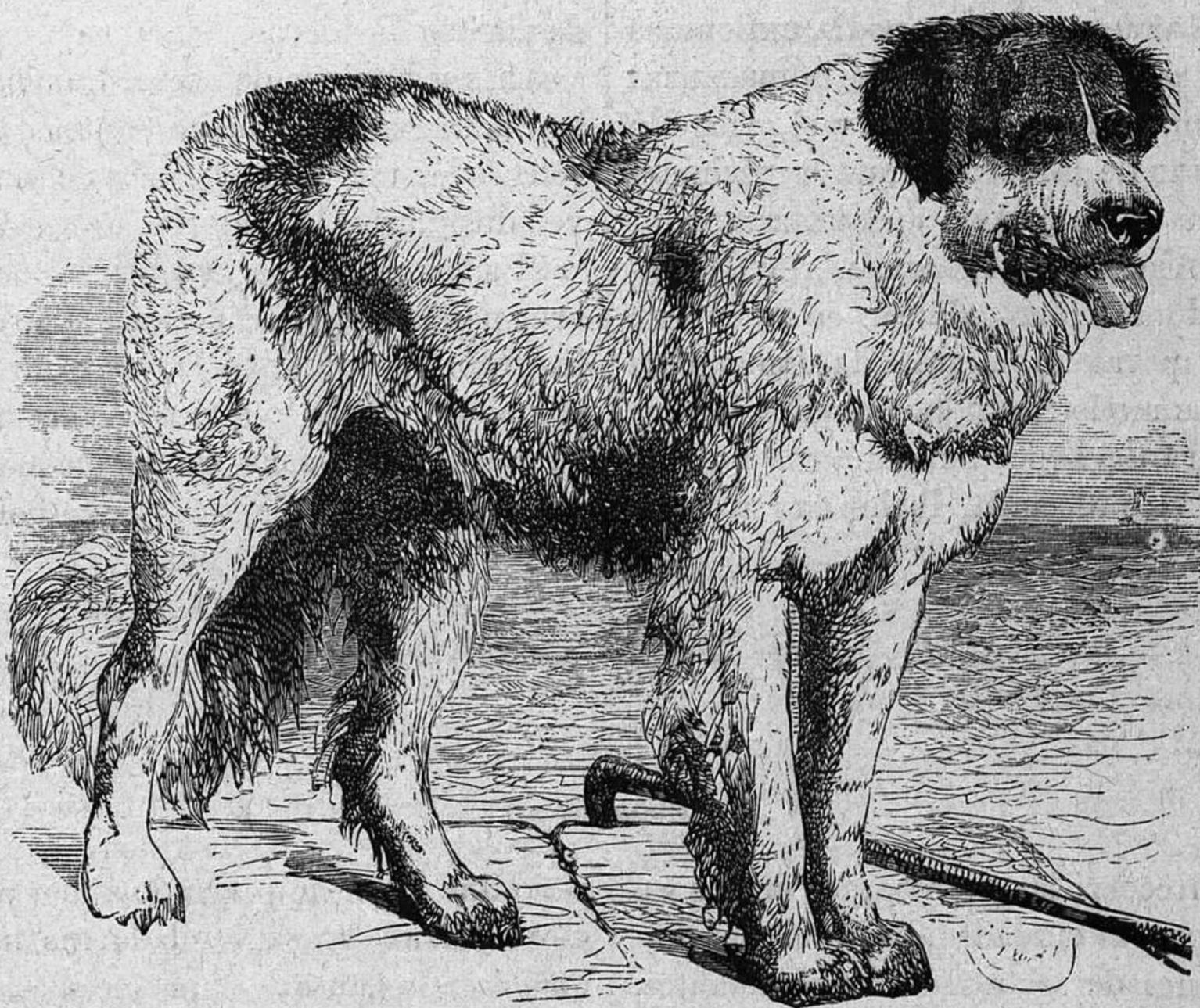
Algunos pueblos de la antigüedad tenian al perro en tanta estimacion que le habian dedicado una especie de culto. Los egipcios le adoraban con el nombre de *Anubis*, y los griegos le han colocado en el cielo, en el número de las constelaciones. Sócrates, uno de los siete sabios de Grecia, juraba por el perro, considerando á este animal como símbolo de la franqueza y fidelidad.

Un negociante de Corinto tuvo que salir repentinamente para Salamina, isla situada cerca de Atenas, con una comision de los magistrados de su ciudad. Antes de salir encerró cuidadosamente en su cuarto á un perro que acostumbraba llevar consigo en todos sus viajes. *Melamphites*, que así se llamaba el perro, segun nos dice la historia, sorprendido de que su amo le dejase solo por tanto tiempo, y sospechando algo extraordinario, salta por una ventana, busca á su amo por toda la ciudad, y no encontrándole en los sitios que solia visitar, se dirige al puerto, donde muchas veces se habia embarcado con él. El buque que conducia á su amo, favorecido por el viento, no parecia ya más que un punto ne-

gro en medio del profundo piélago. El perro, guiado por el instinto y el presentimiento, se arroja y nada con todas sus fuerzas hácia el buque que se disipaba á lo léjos. Un horrible huracan oscureció en esto el horizonte, agitando las olas, que con sus

alternativas, subidas y bajadas, parecian querer sumergir á cada instante al pobre nadador, que continuó su ruta peligrosa hasta llegar á vista de la embarcacion.

La calma se habia restablecido, y el amo de *Melamphites*, que estaba



sobre el puente, vió de pronto á su perro, que hacía los mayores esfuerzos para llegar adonde él estaba. Vivamente conmovido suplicó al piloto que diese tiempo á un grumete para bajar y ayudar al perro á subir, mas como se negase á ello, *Melamphites* tuvo que ir siguiendo al barco.

Al fin llegaron á desembarcar,

mas el griego no distinguia á su perro hasta que le vió llegar, pero tan fatigado, que sólo algunos momentos se manifestaba en la superficie del agua. Llegó, sin embargo, á tomar tierra, y tendido á los piés de su amo, espiró despues de haberse los lamido, dichoso por haber conservado sus fuerzas hasta darle aquel testimonio de su fidelidad.

Vosotros, niños míos, habréis formado muy mala opinion del piloto, que, por no querer parar un instante el buque, causó la muerte de *Melamphites*. El griego tambien le hizo fuertes reconvenciones, y mucho más porque le habia prometido una buena recompensa; pero aquel hombre era responsable de la embarcacion, y por un perro no podia exponerse á las consecuencias de la tardanza; cumplió con su deber; y el griego, á pesar de la pérdida que experimentaba, hizo mal en encolerizarse.

Alejandro *el Grande*, rey de Macedonia, hizo edificar en honor de su perro la ciudad de Pebite: de este modo rindió homenaje á la bravura de aquel animal, que un dia, en su presencia, luchó con un ele-

fante; uniendo el valor á la astucia, cansó á su enemigo, y tanto que éste, humillado por no poder rendir á tan débil adversario, se dejó caer al suelo y murió en seguida.

Los celtas llevaban al ejército batallones de perros adiestrados para el combate y que les servian de vanguardia. Iban armados con collares de puntas de hierros, cubiertos con corazas y láminas de acero. Se dejaban matar hasta el último ántes que retroceder un paso, y más de una vez decidieron la victoria.

Muchos perros se han hecho célebres por su valor, fidelidad ó raro instinto, y la Historia, que hace mencion de todo lo que sale del círculo comun, nos ha conservado estos rasgos.

LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

Recorrí las granjas, las aldeas y á veces las ciudades, buscando las ocasiones de ser útil á mis semejantes, y doquiera recibia inequívocas pruebas de gratitud por el bien que hacía, de manera que nada me faltaba, y en mi bolsillo siempre habia de sobra algunas monedas de plata que compartia con algun pobre necesitado cuando tropezaba con él. Recuerdo que una noche me asaltaron en un monte unos ladrones. A sus groseras violencias correspondí con dulzura, les entregué de buen grado lo

poco que llevaba, y viendo á uno de ellos con un brazo vendado me informé de la causa, y supe que en una refriega con unos viajeros habia recibido una herida que le molestaba mucho. Con plantas, cuyo uso ya conocia, le apliqué al brazo herido un enérgico confortante, con el cual aquella noche sintió grande alivio y se calmaron la inflamacion y los dolores. Lleváronme á su madriguera, donde me hicieron ver á otro bandido herido hacía tiempo en un muslo y que no podia moverse del lecho

en que el dolor lo tenía postrado. Le curé con cariñosa solicitud y sintió grande mejoría. Aquellos hombres feroces cambiaron para mí su crueldad en la más respetuosa deferencia, me dejaron ir libre á los dos dias, y no contentos con devolverme lo que me habian robado, se obstinaban en que aceptára una respetable cantidad de dinero: la rehusé con gran firmeza porque me repugnaba aquel oro manchado con el contacto del crimen, y me despedí de los ladrones, que me miraron marchar con señales de sentimiento, y que me saludaban respetuosamente con sus sombreros hasta que me perdieron de vista.

Llegué otro dia á un pueblo, á cuyos habitantes hallé sumidos en la mayor consternacion. Estaba situada aquella poblacion en medio de

extensos y fértiles prados, que servian de pasto á numerosos rebaños de ovejas: todos los vecinos del pueblo eran pastores y su riqueza consistia en la cria de ganados y en los productos de queso y de lana que les daban sus ovejas; pero hacia algun tiempo que una horrible plaga habia venido á sumirlos en el mayor desconsuelo: esta plaga consistia en una nube de grandes enjambres de unos insectos parecidos á las abispas, los cuales se arrojaban sobre los ganados y herian á las ovejas y carneros, precisamente en la punta del hocico, con un finísimo aguijon, cuya picadura causaba casi instantáneamente la muerte de todas las reses que la sufrían.

(Se conitnuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.

EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(Continuacion.)

IV.

Ya logró su deseo
El niño caprichoso;
Parece todo un hombre, y yo no creo
Que habrá sér en el mundo más dichoso
Que este muchacho en el feliz instante
En que se pone por la vez primera
El pantalon flamante.
Y tambien la donosa costurera,
Contemplando á su hermano

Está muy orgullosa,
Pensando que su mano
Cortó y cosió la prenda primorosa.
Alberto no se mueve;
Que en el famoso pantalon metido,
Se encuentra sorprendido;
Y es claro, no se atreve
A hacer un movimiento
Del pantalon acaso en detrimento;
Pero ¡qué bien expresa su semblante
La gran satisfaccion y la alegría

De verse tan apuesto y elegante!
Ya está mejor el día;
Cesó la lluvia ya, y el sol rompiendo
Las nubes, aparece
Iluminando el monte, el llano, el valle,

Y el niño, cambio tan propicio viendo,
Dice á su hermana:—¡Vamos á la calle!
Quiere que el pueblo todo
Le contemple vestido de aquel modo.
El pantalon primero



Es necesario que admirado sea;
Preciso es que la gente al niño vea
Vestido como viste un caballero.
Otra vez en salir el niño insiste,
Y á su ruego la hermana,

Siempre buena y amable, no resiste,
Que está tambien la niña muy ufana
Mirándole tan majo,
Y quiere que se admire su trabajo.

(Se continuará.)